

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

Cuentos inteligentes modernos

Antón Chéjov

Alberto Moravia

Roberto Arlt

Naguib Mahfuz

Manuel Vicent

Adolfo Bioy Casares





Cuentos inteligentes modernos / Antón Chéjov ... [et al.] ;
compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires :
Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2018.
120 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)
ISBN 978-987-4198-09-9
1. Cuento. 2. Antología de Cuentos. I. Chéjov , Anton P. II.
Calero, Mercedes , comp.
CDD 863

© Factotum Ediciones, 2018
Roseti 872 (1427)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 1990, 2018
C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.
Madrid, España
www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero
Coordinación editorial: Renata Cerelli
Prólogo: Hugo Salas
Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR
Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR
Diseño de interiores: Renata Cerelli
Armado: Brenda Wainer
Producción: Mariel Mambretti
Corrección: Mónica Campos y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-09-9

Libro de edición argentina.
Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

El presente volumen compila relatos inteligentes, escritos en el siglo xx, salvo los dos cuentos de Chéjov, que si bien fueron publicados algunos años antes, por poética y estilo encuentran su verdadero lugar en esta serie. Una característica de los propios textos parece dictar la decisión: a diferencia de los relatos agrupados bajo este mismo tópico, escritos entre la Antigüedad y el siglo xix, donde la astucia y la inteligencia eran virtudes de los personajes, en la producción moderna se da una inversión, por la cual la inteligencia pasa a ser una cuestión entre el escritor y el lector, que toman con pinzas las acciones de unos personajes torpes, o que cuando menos no tienen cabal dimensión de lo que sucede a su alrededor.

La distancia, desde ya, no es patrimonio del siglo pasado. Se advierte tanto en la sátira de Voltaire como

en el realismo de Flaubert, pero es en este momento que la cuestión de la perspectiva cobra un papel determinante y prioritario en la literatura. Como se ha dicho, en los relatos que aquí ofrecemos la inteligencia ya no es un mérito del que se haga gala dentro de las historias, sino en el modo mismo en que se nos cuentan, y en la disposición que de nosotros, como lectores, se espera.

Y qué mejor, para ilustrar este punto, que dar comienzo al volumen por uno de los grandes maestros de la técnica del sobreentendido, en que las situaciones se narran sin explicitarlas. Tanto en sus cuentos como en sus obras de teatro, Antón Chéjov construye escenas que eluden el meollo de lo que ocurre y logran convertir en materia de una mirada inteligente la frustración de la propia astucia, como ocurre por caso en “La boticaria”.

En una senda similar, casi medio siglo más tarde, el italiano Alberto Moravia -uno de los mayores representantes del neorrealismo en la literatura- entreteje con alusiones el retrato de vidas ciegas a su propia desesperación, e incluso, en un golpe de genio, tiñe de una honda melancolía el motivo popular del burlador burlado, desbrozándolo casi por completo de comedia, como ocurre en “La palabra ‘mamá’”.

Desde luego, esta afinidad a lo real inmediato, lo concreto y la distancia de una mirada que lo analiza,

no tarda en trasladarse a las formas de la crónica, ese gran modelo de construcción de mundo que el periodismo pone en primer plano a lo largo del siglo de las grandes guerras. En sus célebres *Aguafuertes porteñas*, el argentino Roberto Arlt, escritor y periodista, retoma el tópico de la astucia del pícaro para la trampa, pero desde la astuta distancia del cronista que lo desenmascara. Así, estafadores y falsas curanderas quedan expuestos a la ironía de una pluma que no vacila en fustigar a los tahúres y sus víctimas.

También periodista, el egipcio Naguib Mahfuz echa mano a esta forma de la perspectiva, aunque sin inflexión satírica, para dar cuenta de la falta de coincidencia entre el avance de la Historia y la quietud de las historias de vida de sus personajes, que pasan por el siglo xx con la misma indulgencia con que transitan por las calles en “Transeúntes”. La lectura de Chéjov se advierte, por su parte, en el carácter indeterminado del desenlace, donde lo que no se dice vuelve a officiar de cifra de fuente de la melancolía.

Volcado de manera más decidida a la sátira virulenta, furiosa como un látigo, propia de fin de siglo, el español Manuel Vicent hace gala del conocimiento de los entresijos del mundo del arte en un relato que exhibe la creciente incredulidad en los modos de generación de valor (estético y comercial)

del mundo actual. Como suele ocurrir en el género, el despliegue de la idea casi no deja lugar a la formación de personajes, que responden mucho más a arquetipos y figuras demostrativas, al igual que los cuadros de situación.

Cierra el volumen uno de los mayores escritores irónicos de la lengua española, el argentino Adolfo Bioy Casares, con dos relatos en espejo acerca de las formas culturales de comportamiento de lo que hoy llamamos género. Bajo su mirada satírica pero cálida y piadosa, las astucias de los personajes no resultan, a fin de cuentas, más que tonterías que los conducen, de manera inevitable, al error, casi como refrendando el título de otro de sus grandes relatos, “El calamar opta por su tinta”.

Hugo Salas

La boticaria

Antón Chéjov

La pequeña ciudad de B., que compone dos o tres torcidas calles, duerme con sueño profundo. En el aire, inmóvil, reina el silencio. Solo se oye a lo lejos, ya en las afueras, el débil y ronco ladrido de un perro. Pronto amanecerá.

Hace mucho que todo está sumido en el sueño. La única que no duerme es la joven esposa de Chernomórdik, el boticario. Se ha acostado tres veces, pero, sin saber la causa, no consigue dormirse. Está sentada ante la ventana abierta, en camisón, y mira la calle. Siente calor y tedio, la domina una irritación tal, que está a punto de romper en sollozos, aunque tampoco podría decir la causa. En el pecho se le ha hecho un nudo que le sube hasta la garganta... Detrás, a unos pasos de la boticaria, vuelto de cara a la pared, Chernomórdik ronca apaciblemente. Una pulga,

ávida de sangre, le ha picado en el entrecejo, pero él no lo siente e incluso sonríe, puesto que está soñando que en la ciudad todos tosen y no cesan de acudir a comprarle gotas del rey de Dinamarca. Ahora no lo despertarían ni alfilerazos, ni cañonazos, ni caricias.

La farmacia se encuentra casi en un extremo de la ciudad, así que la boticaria tiene ante ella el campo... Ve cómo, poco a poco, blanquea por el este el borde del cielo, cómo luego se va poniendo rojo, cual si hubiera un gran incendio. Inesperadamente, por detrás de unos lejanos arbustos, se asoma una luna grande, carirredonda. Está roja (por lo general, cuando la luna sale por detrás de unos matorrales, no sabemos por qué, parece terriblemente turbada).

De pronto, entre el silencio de la noche, resuena un ruido de pasos y espuelas. Se oyen unas voces.

“Son oficiales que estaban en casa del comisario de policía y vuelven al campamento”, piensa la boticaria.

Poco después, aparecen dos figuras con blancas guerreras de oficial: una es alta y gruesa, la otra, algo más baja y delgada. Perezosamente, un paso tras otro, caminan a lo largo de la valla y conversan en voz alta. Al llegar a la altura de la farmacia, su marcha se hace aún más lenta y miran a las ventanas.

—Huele a farmacia... —dice el delgado—. ¡Efectivamente, ahí está! Ahora lo recuerdo... La semana

pasada estuve aquí para comprar aceite de ricino. El boticario es un hombre bilioso y con una mandíbula de asno. ¡Qué quijada, amigo! Como la que Sansón empleó contra los filisteos.

—Ya... —sigue el gordo con una voz de sochantre—. ¡Duerme la botica! También duerme la boticaria. Es muy bonita, ¿sabe, Obtésov?

—La vi entonces. Me agradó mucho... Diga, doctor: ¿será capaz de amar a ese hombre de quijada de burro?

—No lo creo —suspira el doctor, como si sintiera lástima del boticario—. Ella estará durmiendo. ¿Se la imagina, Obtésov? Extenuada por el calor, con la boquita entreabierta... y con una pierna colgando fuera de la cama. El estúpido del boticario seguramente no sabe lo que tiene en casa. Para él, será lo mismo esta mujer que la bombona del ácido fénico.

—¿Sabe, doctor? Entremos a comprar cualquier cosa.

—¡Bonita ocurrencia! ¡En plena noche!

—¿Qué tiene de particular? Están obligados a despachar a toda hora. Vamos, querido.

—Si se empeña...

La boticaria, oculta tras los visillos, escucha el afónico campanileo. Mira a su marido, que sigue roncando con la placidez de antes, y sonrío. Se echa encima una bata, se pone las zapatillas y sale a la farmacia.

Tras el cristal de la puerta se divisan dos sombras. La boticaria sube la mecha del quinqué para dar más luz y se acerca a abrir. Ya no siente tedio ni irritación; no tiene ganas de llorar, aunque, eso sí, el corazón le late con violencia. Entran el gordo doctor y el delgado Obtésov; ahora es posible contemplarlos. El doctor, de abultado vientre, es moreno, usa barba y sus movimientos son torpes. A cada paso su guerrera parece que va a reventar y el sudor brilla en su rostro. El otro es sonrosado, imberbe, de facciones femeninas, y flexible como una fusta inglesa.

—¿Qué desean? —pregunta la boticaria, con la mano en el pecho para sujetarse la bata.

—Deme... quince kopeks de pastillas de menta.

La boticaria, sin prisa, toma de la estantería un bote y se dispone a pesar. Los militares, sin parpadear, miran su espalda. El doctor arruga los párpados como un gato con la tripa llena, y el teniente está muy serio.

—Es la primera vez que veo a una señora despachando en una farmacia —dice el doctor.

—No tiene nada de particular... —replica la boticaria, mirando con el rabillo del ojo el sonrosado rostro de Obtésov—. Mi marido no tiene mancebo y yo le ayudo.

—Ya... ¡Es muy agradable su farmacia! ¡Cuántos botes y tarros! ¡Y no tiene miedo de andar entre venenos! ¡Brrr!

La boticaria hace el paquetito y lo entrega al doctor. Obtésov le da los quince kopeks. Transcurren unos instantes de silencio... Los hombres se miran, dan un paso hacia la puerta, vuelven a mirarse.

—Deme diez kopeks de bicarbonato —dice el doctor.

Con pereza y desgana, como antes, la boticaria se vuelve hacia los estantes.

—¿Tiene usted algo... —balbucea Obtésov, moviendo los dedos— algo alegórico, un líquido tonificante, agua de Seltz? ¿Tiene agua de Seltz?

—Sí.

—¡Bravo! ¡Usted no es una mujer, sino un hada! ¡Pónganos tres botellas!

La boticaria envuelve deprisa el bicarbonato y desaparece en la oscuridad de la rebotica.

—¡Es un encanto! —dice el doctor, guiñando el ojo—. Una fruta tan apetitosa, Obtésov, no la encontraría ni en la isla de Madeira. ¿No le parece? Pero ¿oye esos ronquidos? El señor boticario descansa.

Al cabo de un minuto la boticaria vuelve y coloca sobre el mostrador cinco botellas. Ha estado en el sótano y por eso se la ve con las mejillas encendidas y un tanto agitadas.

—Sss... no haga ruido —dice Obtésov cuando ella, después de abrir las botellas, deja caer el sacacorchos—. Va a despertar a su marido.

—¿Y qué importa?

—Tiene un sueño tan dulce... Está soñando con usted... ¡A su salud!

—Además —añade el doctor, eructando después del agua de Seltz—, los maridos son algo tan aburrido que deberían dormir a todas horas. Si pudiera darnos un poco de vino tinto...

—¡Qué cosas tiene! —se ríe la boticaria.

—¡Resultaría magnífico! Lástima que en las farmacias no vendan bebidas espirituosas. Por lo demás... ustedes deben despachar vino como medicina. ¿Tienen *vinum gallicum rubrum*?

—Sí.

—Perfecto. ¡Venga! ¡Tráigalo, diablos!

—¿Cuánto quiere?

—¡*Quantum satis!*... Primero denos una onza en agua a cada uno; después veremos... ¿No le parece, Obtésov? Primero con agua y después *per se*...

El doctor y Obtésov se acomodan junto al mostrador, se quitan las gorras y toman unos sorbos de vino.

—Hay que reconocer que es detestable. *Vinum plochissimum*¹; aunque en su presencia... parece néctar. Es usted encantadora, señora. Mentalmente, le beso la mano.

1. Forma latinizada del vocablo ruso “flojo”, “malo”.

—Pues yo daría mucho por hacerlo no mentalmente —añade Obtésov—. Palabra de honor. ¡Daría la vida!

—Dejemos eso... —dice la señora de Chernomórdik, toda encendida y poniéndose seria.

—¡Qué coqueta es usted! —ríe el doctor suavemente, mirándola de reajo con cara de pillo—. Sus ojos disparan como un fusil. ¡Pif, paf! La felicito: ¡Ha vencido! ¡Hemos sido derrotados!

La boticaria mira sus caras coloreadas, escucha su charla y no tarda en animarse ella misma. ¡Es esto tan divertido! Interviene en la conversación, se ríe y, después de instarle mucho, se toma un par de onzas de vino.

—Ustedes, los oficiales, deberían frecuentar más la ciudad —dice—, porque nos mata el aburrimiento. ¡Yo me muero de aburrimiento!

—¡Claro que sí! —se horroriza el doctor—. Un portento de mujer como usted y en un lugar tan perdido... Pero debemos retirarnos. Celebro mucho haberla conocido. ¿Cuánto le debemos?

La boticaria se queda mirando el techo y durante largo rato mueve los labios.

—Doce rublos y cuarenta kopeks —dice. Obtésov saca del bolsillo un grueso billetero, busca en él y paga.

—Su marido duerme tranquilamente, tiene sueños agradables... —balbucea, estrechando la mano de la boticaria.

—No me agrada escuchar tonterías...

—¿Acaso esto es una tontería? Todo lo contrario, hasta Shakespeare dijo: “Bienaventurado el que en su juventud fue joven”.

—¡Suélteme la mano!

Finalmente, los militares, después de larga despedida, besan la mano de la boticaria e indecisos, como pensando si habían olvidado algo, salen de la farmacia.

Ella corre al dormitorio y se sienta junto a la ventana de antes. Ve al doctor y al teniente que, al salir de la farmacia, se alejan sin ganas una veintena de pasos, se detienen y empiezan a hablar en voz baja. ¿De qué? El corazón de la boticaria late con violencia; también siente los latidos en las sienes, aunque no sabría decir la causa... Le late el corazón como si aquellos dos hombres que se han parado susurrando fueran a decidir su suerte.

Pasados cinco minutos el doctor se aleja definitivamente y Obtésov da la vuelta. Pasa a lo largo de la farmacia una vez, otra... Se detiene junto a la puerta, camina de nuevo... Por fin hace sonar suavemente la campanilla.

—¿Qué pasa? ¿Quién va? —oye la boticaria en la voz de su marido—. ¡Están llamando y no oyes nada! —añade enfadado el boticario—. ¡Es un escándalo!

Se levanta, se pone el batín y, tambaleándose, medio dormido, arrastrando las zapatillas, va a la farmacia.

—¿Qué desea? —pregunta a Obtésov.

—Deme... deme quince kopeks de pastillas de menta.

Resoplando sin cesar, bostezando, durmiéndose a cada paso y dando con las rodillas contra el mostrador, el boticario busca el bote...

Dos minutos después la boticaria ve que Obtésov, unos pasos más allá de la farmacia, tira las pastillas de menta al polvo del camino. De la esquina sale el doctor y va a su encuentro... Se juntan y, gesticulando mucho, desaparecen en la neblina de la mañana.

—¡Qué desdichada soy! —dice la boticaria, mirando rabiosa a su marido, que se despoja rápidamente del batín para volver a la cama—. ¡Qué desdichada! —repite, y de pronto rompe en amargo llanto—. Y nadie, nadie sabe...

—He olvidado los quince kopeks en el mostrador —gruñe el boticario, tapándose con la sábana—. Haz el favor de guardarlos en la caja.

Y al instante se queda dormido.

